

Las razones del milagro

Toño Malpica

Pensemos en una isla, digamos Islandia.

Pensemos ahora que, por alguna extraña razón, en dicha isla no se produce literatura. Ninguno de los islandeses escribe libros y, por lo tanto, no tienen nada que leer.

Así que nosotros, a pesar de la enorme distancia que nos separa de la isla, decidimos -en un conmovedor y desinteresado acto altruista- hacer algo por ellos. ¡Dios santo! ¿Un lugar en el mundo donde no se lee? ¡Tomemos cartas en el asunto! ¡Escribamos libros y hagámoselos llegar! Ya que no saben lo que se están perdiendo, iniciemos la cruzada de nuestras vidas. (Aquí no vendría a mal el estremecimiento de un par de señoras, convencidas de que nadie, que jamás haya leído a Jane Austen, podría en lo absoluto ser feliz. Y por acá, el rostro ceñudo de un par de caballeros fumando un puro, que no conciben la vida sin la gentil prosa de Henry James).

Así que -claro- enviamos un comité de buena voluntad a la isla. Una partida de heroicos hombres y mujeres, embajadores de la lectura, próceres de las letras, encargados de convencer a los islandeses de las bondades de un buen libro (empastado en fina piel con costuritas doradas, de ser posible).

Pero hete aquí que nuestros enviados, pese a que han sido recibidos con regocijo en la isla (guirnaldas al cuello y bebidas con sombrillitas), pese a que han hecho todo lo posible por inocular a Dickens y a Woolf, pese a que han elaborado complejos esquemas de las más eficaces tácticas de convencimiento y han aplicado con rigor todo lo que indica la buena práctica mercadológica, no consiguen gran cosa. Al parecer, los islandeses son bastante felices sin los libros y, aunque no les parece del todo mal sentarse a la sombra de un árbol con algo de Keats entre las manos, no acaban de encontrarle el gusto y siempre terminan volviendo a sus otras actividades, en su opinión, más divertidas.

Oh, decepción. Oh, desencanto. La única salida posible sería entonces abandonar a los islandeses a su suerte. ¿Que no quieren leer? ¡Pues que les aproveche! Ya se arrepentirán un día, cuando alguien en una tertulia les hable de las maravillosas estampas campesinas de Hardy y no sepan de qué rayos les están hablando.

Hasta la buena voluntad tiene sus límites.

Y a otra cosa mariposa.

No obstante, pasado algún tiempo, nos enteramos de que corre un rumor en el foyer de la ópera: los islandeses han comenzado a leer. ¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso? ¿Es que se han

decidido a escribir por fin? ¿Es que algo de lo que hicimos en el pasado acabó por surtir efecto?

Una nueva visita a la isla nos devela el misterio. Y la respuesta es de una sencillez tal, que causa conmoción en nuestros más pomposos círculos intelectuales (acá no vendría mal el sonido que hace la palma de una mano, pegando de lleno contra la arrugada frente. "¡Por Júpiter, cómo no lo pensé antes!").

Los islandeses están leyendo libros que hablan de los islandeses, ahí el milagro. ¿Así que era eso lo que faltaba? Pues manos a la obra. Y a producir libros que hablen de esos testarudos islandeses, de modo que se enganchen en la lectura y podamos cerrar el capítulo. No faltaba más.

Pero el prodigio no fluye como debería. Ocurre que los islandeses no están interesados en nuestros libros. Sólo leen esos libros originales que quién sabe de dónde han salido -es seguro que ellos no los escriben- y que, a simple vista, no tienen nada de espectacular (oh, si tan sólo comprendieran estos isleños lo que Conrad y Butler podrían ofrecerles).

El impacto, desde luego, nos lleva a emprender nuevas investigaciones.

Y éstas, al impactante hallazgo: hay un islandés entre nosotros.

Un individuo que escribe como un auténtico islandés porque, mire usted lo que son las cosas, es islandés. Y hace llegar sus libros a sus compatriotas a través del mar. ¿Y cómo es esto posible si este individuo tiene toda la pinta de ser como nosotros? Todo el mundo sabe cómo es un islandés, cualquiera puede señalar uno si lo ve en la calle. Y a todas luces éste, que dicho sea de paso, hasta simpático nos había caído desde el principio, no luce como un islandés ni en una noche de tormenta. ¿Qué pasa aquí?

La terrible verdad nos golpea como un yunque en la cabeza, porque es el mismo islandés (tan parecido a usted y a mí que cualquiera le habría autorizado una tarjeta de crédito sin chistar, se lo aseguro) quien nos rebela el secreto:

Todos alguna vez fuimos islandeses... pero pocos recuerdan -y valoran- este hecho.

La analogía está ahí. Tan evidente que ni me atrevo a enunciarla.

Pero sí me permito mencionar que, en mi memoria, cabe el recuerdo de cuando yo era feliz (muy feliz) sin libros. Y esto sólo obedecía a que ninguno de los libros que caía en mis manos me hablaba directamente al corazón. Ni a mí ni a ninguno de los otros isleños, siento mucho informar. Y nada de lo que nos llegaba a través del mar conseguía engancharnos, esa es la verdad. Por eso nos dedicábamos cien por ciento a nuestras ocupaciones, en nuestra opinión, más divertidas. La lectura podía esperar.

Y esperó.

Hasta que, por algún tipo de milagro de esos que no vale la pena cuestionar, esta orilla se empezó a poblar de islandeses. Islandeses cuya única misión fue escribir esos libros que les hablaran al corazón a los otros islandeses. Todos de incógnito, claro, pues... ¿quién querría publicarle un libro a alguien de pantalón corto, los bolsillos repletos de golosinas y la cara completamente sucia?

Niños disfrazados que consiguieron el milagro (algunos hasta hijos tienen y conducen un auto, por Dios. Pero no se deje usted engañar; en realidad... ellos nunca cruzaron el mar).

Me consta porque me precio de conocer a varios.

Y... ya desenmascarados, quise preguntarles el por qué. Pudiendo dedicar la vida a la tauromaquia, a la venta de tacos de guisado o a la construcción de puentes elevadizos, ¿por qué escribir para niños?

Esto es lo que confiesan, en estricto orden alfabético (por nombre de pila, que es como se acostumbra en Islandia) algunos de mis héroes:

"1) Era una deuda que tenía con mi abuela: sus historias, al ser literatura oral, no aceptaron la escritura; 2) De las historias que encuentro, algunas sólo pueden escribirse como literatura para niños; 3) Porque tuve 3 hijas." - Alejandro Sandoval

"Escribo para el niño que se oculta debajo de mi corazón, para los niños que son mis hijos a pesar de que crecen y crecen como árboles de caoba, para los niños de cualquier lugar que por azares abren alguno de mis libros y me brindan sus miradas generosas, escribo para Vivir y explicar mejor ese mundo." - Alfonso Orejel

"Yo en realidad escribo nada más, si hasta el momento me han salido sólo libros para niños es porque en el fondo uno escribe para sí mismo y con esta pregunta descubro que soy más inmadura de lo que creía. Muchas veces digo en broma "escribo para niños porque a los adultos no tengo mucho qué contarles", pero ya voy viendo que de broma quizá tenga poco la afirmación." - Ana Romero

"Porque me vuelvo a conectar con el niño que fui a los 7 años, que fue la edad de oro de mi niñez y porque de ese modo puedo escribir los libros que a ese niño de 7 años le hubiera gustado leer." - Bernardo Fernández BEF

"¿Por qué escribo para niños? Por accidente, por tenacidad y por vocación. Por accidente porque mis primeros libros para niños fueron escritos a petición de un editor. Por tenacidad porque el primer cuento infantil fue rechazado rotundamente por niños lectores. Y por vocación porque algún día encontré que ése era mi rumbo y que lograba tener buena comunicación con mis lectores." - Francisco Hinojosa

"Escribo para niños porque es la literatura más libre que conozco. Nadie levanta la ceja ante la intromisión de un monstruo, la magia es bienvenida y se puede mezclar géneros. Es una literatura emparentada con el juego, y es en el juego, donde está el origen de todo. " - Jaime Alfonso Sandoval

"Escribo para niños porque siempre me ha gustado ver el mundo, sus problemas y maravillas (por qué no) desde la perspectiva de la mente infantil. Siento que eso me da oportunidad de tocar los lados inocente, divertido e imaginativo de mi mente." - Javier Malpica

"Yo escribo para niños porque me divierto mucho. De pronto aparece una idea o una imagen que me seduce, intento atraparla y entonces se escabulle y sé que para poder cazarla tengo que recorrer esas páginas, que aún no existen, y que se convertirán en mi próximo cuento o novela. Al final, la escurridiza imagen suele aparecer (otras no), pero no importa: se ha creado un nuevo libro." - Juan Carlos Quezadas

"Para poder leer lo que me hubiera gustado y no tuve de chamaco. " - Juan Pablo Hernández

"Porque me divierto un montón inventando personajes y metiéndolos en situaciones difíciles de las que, después, los tengo que sacar." - Judy Goldman

"Porque cuando era niña me gustaba mucho, pero tuve poco que leer; casi siempre de temas algo ajenos. Escribo lo que supongo que a mi yo de 10 o 12 años le hubiera gustado leer. " - M. B. Brozon

"Escribo libros para niños porque cuando yo era una niña nunca encontré libros que me hablaran a mí, que tocaran mi mundo. Es una manera de resarcir eso, de reinventar mi infancia." - María Baranda

"Yo escribo para niños porque me encanta cómo piensan los niños. Tienen más preguntas que nosotros y menos atorones para imaginar las respuestas. Me encanta el reto de escribir para alguien que puede decir "esto no me gusta" e irse a jugar alegremente. Pero que cuando encuentra un libro que le gusta, entonces puede leerlo – o pedir que se lo cuenten unas mil quinientas veces. ¡Oh, delicia!" - Monique Zepeda

"La infancia es para mí una etapa cercana, por la cual siento cariño. No me refiero a la infancia pasteurizada y rosa, sino a la cotidiana y ordinaria, donde «sin importar qué tan dura sea la vida», hay asombro, frescura y la certidumbre de que aún lo más perfectamente imposible, es posible." - Norma Muñoz Ledo

"Escribo los libros que a mí me hubiera gustado leer cuando era niña" - Vivian Mansour

Así que queda registrada la evidencia del milagro.

Hoy en día existen libros, verdaderos libros para niños que se leen y que gustan. Y eso no es cosa trivial, porque es verdad que ese océano no se puede cruzar en sentido inverso. Ninguno de esos queridos autores podrá volver a la isla a leerle uno de sus propios libros al niño que él mismo fue (y a quien, seguramente, le hubiera encantado escuchar). Pero creo que en realidad no importa. Porque, en el fondo, todos sabemos que, a la manera de los polizones, ese niño ha hecho el viaje oculto hasta acá. Ha cruzado hasta esta orilla y vive dentro de cada uno de nosotros.

Y acaso sea él quien realmente dicte todas nuestras historias.

Sólo quisiera agregar, por último, mi propia razón que, en cierto modo, creo que complementa las de mis queridos colegas:

Porque creo que vale mucho la pena. Mucho.